

al anciano Virey, Marqués de Salinas, facilitaron que á DON JUAN se le nombrase teniente de corregidor de México. Este día fué uno de los mejores que tuvo el ingenioso licenciado. La virtud y el mérito propios le habian conseguido triunfar de la enemiga naturaleza; no era óbice la corcova para que se le fiase el gobierno de la ciudad; subia, no por asalto, más legitimamente, á los codiciados honores.

En esto ausentóse el Corregidor, y «con aceptación ejerció DON JUAN el oficio del propietario, sentenciando muchas causas, y mereciendo que se le diese por buen juez en la residencia. (195) Entónces fué cuando hubo de intervenir, por razon del cargo, en las obras adicionales al proyecto, casi realizado ya, de divertir hácia el lado del Norte los afluentes más temibles de la laguna de México, las cuales consistian en profundizar el socavon de Huehuetoca y revestirle de piedra. (196) Y de tal suerte la actividad, rectitud y limpieza del Corregidor interino cautivaron el ánimo del Marqués (para quien el logro de aquella empresa era tenaz y vehementísimo empeño), que no estaba contento sin verle á su lado cada día. Honor, dinero, afecto, comodidades; nada, pues, debia ya echar de ménos ALARCON para creerse dichoso.

CAPITULO XVIII.

El Virey nombrado presidente de Indias.—Nuevos proyectos de Alarcon; se decide á pretender en España.—Párte, acompañando al Marqués.—Viaje de mar y tierra.—El comediante Juan de Herrera de Gamboa.

1611

A deshora llegan de España interesantes pliegos dirigidos al Virey, cartas de sus hijos y nietos, y una del Sr. D. Felipe III, en que llamándole, como solia S. M., «Ilustre Marqués de Salinas, mi primo, de mi Consejo de Estado, y mi virey y capitán general de Nueva España,» le dice haber provisto en él la presidencia de Indias. Los amigos madrileños le hablaban de que por traslacion de dominio de D. Juan de Acuña al Consejo Real vino á resultar la vacante; que fueron muchos los pretendores de ella, y de calidad todos, nada ménos que el duque de Medinasidonia, el Conde de Niebla y el Marqués de

Caracena; y que en elegir sin ruegos ni recomendaciones á tan gran ministro para la presidencia del Consejo de Indias, veíase la sábia providencia de S. M.; bien que muchos desconfiaban de que D. Luis, en sus muy largos setenta años de edad, quisiese acometer los peligros de la navegacion, y trocar el benigno clima de México por el extremoso y voltario de Madrid. Instábanle con el deseo de darle un abrazo los hijos, y los nietos con el de conocerle. (197) Pero él mismo consideró que le habia de estar bien disipar en la corte y en la presidencia de Indias las murmuraciones por los impuestos extraordinarios, derramas de dinero y ocupacion de indios que exigieron las valientes obras del desagüe, legalizándolo todo con la aprobacion soberana. Del ministro descuidado y holgazan nadie se queja, porque á nadie se tomó cuenta jamás de su ocio y desidia. Contra quien hace algo beneficioso, desinteresado y útil, algo noble y grande, contra ese ruge la envidia, y se desatan feroz el odio, sañuda la acriminacion y en tropel los cargos y denuestos. Mucho bueno habia puesto por obra D. Luis en sus tres vireinatos, para no querer desconcertar desde castillo roquero las artimañas de la envidiosa calumnia. Se decidió, pues, á regresar á Europa, dejando en manos del Arzobispo las riendas del Gobierno. (198)

Pronto cundió la nueva por la ciudad, y que el teniente de corregidor ALARCON iba tambien á España. ¿Cómo por tercera vez cruzar los mares? ¿Por qué abandonar familia y patria, honroso y lucrativo puesto en ella, y la paz de un hogar razonablemente abastado, si no de supérfluos, de harto seguros bienes? ¿Temió haber sido bastante integro y valeroso en el corregimiento para quedarse inerme á los tiros de los ruines, faltándole el gran Velasco? ¿Le ofreció éste apoyar sus pretensiones de toga en México ú otra audiencia americana? ¿Era quizá la irresistible fuerza del sino de la criatura quien le sacaba de una vida acompasada y vulgar, para ceñirle eternos laureles de la musa dramática?

¡Buena ocasion la del autorizado viaje del señor presidente en las galeras de S. M., y con regalo y de balde, para quien deseaba conocer la corte de Madrid, trabar relaciones de amistad con los próceres y repúblicos, dueños de la voluntad del Monarca, y adelantarse brillantemente en su carrera! Seria la salsa de esto el concurrir á los famosos teatros de la Cruz y del Principe; estacionarse en las gradas de San Felipe á oír nuevas de Flándes y brujulear tapadas y coches; conquistar el corazon de una hermosa; merendar con ella en la Casa de Campo y en las alamedas del rio; competir con los primeros poe-

tas de España; darse á conocer á su nobles parientes los Sres. de Valverde y Buenache; acompañar al Presidente de Indias en su carroza por la calle Mayor, y hasta penetrar en Palacio. Un punto mismo se le representaba en su deseosa imaginacion el de llegar, hacer valer los buenos servicios de su abuelo y su padre, y por la influencia de D. Luis, verse en honroso y grave cargo ultramarino, y bien atendidos sus hermanos. (199) ¿Fué la suya la necedad del discreto, mayor que la del mentecato, y que se paga más cara? ¿Dejó lo cierto por lo dudoso? ¿Era libre y se redujo á la voluntaria servidumbre de las esperanzas cortesanas, que tarde ó nunca se logran, seducido por ese fatal más allá, que nos ciega y derriba? ¿Alguno de los allegados íntimos del Virey, á quien ALARCON hubiese hecho persona, le ofreció y engañó con lo que no pensaba cumplir? En *La Prueba de las promesas* le vende este suspiro, arrancado de lo más hondo del pecho:

—¿Paréceos que vivo yo
Ajeno de pretender?
—Al que honor y de comer
En su patria el cielo dió,
Como á vos, nunca pensara,
Que, por servir y rogar,
Sufrir, temer y esperar,
El quieto gozar trocara.

—Esa, don Illan, creed
Que era moral elección;
Pero la humana ambicion
Es una hidrópica sed.
¿Quién ha tenido réposo
En el más feliz estado;
Y quién fuera desdichado
Si se juzgara dichoso? (200)

Uno de los más risueños dias del mes de Junio de 1644 dió ALARCON el adios postrero á la antigua y famosa Tenoxtitlan, su patria, cuyo suelo no volveria á pisar: anublándosele el corazon y arrasándosele los ojos en lágrimas al ver las de su padre y hermanos, y al considerar y temer los grandes y frecuentes naufragios padecidos por nuestras flotas y galeones. Hiciéronse más triste la despedida y todo el viaje por la ceremonia y compostura que exigia la etiqueta palaciana. ¡Cuán distinto el de 1608, animado por Mateo Aleman, Hernando de Castro y Diez Cruzate! (201)

Andadas las ochenta leguas de camino hasta el mar, llegó con su comitiva el Presidente á la Vera-Cruz de Nueva España, saliéndole á recibir, con gran cortejo de españoles é indios, el Corregidor de la ciudad, el castellano de San Juan de Ulúa y el General y el Almirante de la flota. La cual zarpó de allí á dos dias, en la mañana de S. Juan, llevando en su conserva cuan-

tas naves de mercaderes aguardaban esta sazón en el puerto. Al doblar la punta del castillo tuvieron los navegantes el consuelo y alegría de que en ella se les apareciese la Purísima Virgen, llevada en procesion á ese tiempo, segun antigua y hasta allí no interrumpida costumbre; y los tiernos votos y plegarias de mareantes y pasajeros, pidiendo su amparo á la Reina de los ángeles, se mezclaron con el estruendo magnífico de las salvas que hacian por devocion, y en competencia, los bajeles. (202)

En vano enderezaron al Nordeste las proras, con intento de navegar en mayor altura y salir pronto fuera del trópico á buscar vientos frescos. Las espantosas calmas, encendido el sol en mitad del cielo, dejaban á cada paso inmóviles los navíos, que mucho más de un mes tardaron en aportar á la Habana, muy necesitados de reparo por detencion tan prolija. Allí les esperaban desde Marzo y Abril los de Honduras y del Nombre de Dios, conduciendo estos últimos la plata y oro del nuevo reino de Granada. Hiciéronse todos juntos á la mar; anduvieron barloventeando muchos dias cerca de tierra, por ser el viento algo contrario; pero de improviso, á la media tarde del 8 de Agosto, cuando estaba más sereno y despejado el ardoroso cielo, perdió su luz el sol hasta oscurecerse del todo, llenando de espanto

á la chusma, y á los pasajeros de zozobra. Las aves marinas viniéronse á posar á los mástiles, y el gallo cantó como á media noche. Eclipse igual no le habian visto los nacidos. Y á ser ménos cristiano y discreto ALARCON, habríale estimado por agüero de que la patria y la amorosa luz del trópico se le eclipsaban para siempre. (203)

Fué refrescando el aire; comenzóse á levantar y embravecer la mar, y en pocas horas se hizo tormenta, que apartó de la conserva los bajeles y los dispersó, arrastrando y poniendo á punto de perderse los unos hácia los bajos de la Tortuga y Matacumbre, y los otros en la cabeza de los Mártires, delante de la Florida. Calmado el temporal, volviéronse, aunque trabajosamente, á reunir, sin que faltase uno; y más propicio el viento, se enderezaron al canal de Bahama, desembocándole con ruines tiempos y corrientes, que traían muy apretada la flota.

La de Santa Marta y Venezuela unióseles más arriba de las islas de los Lucayos. Una semana despues, los repentinos chubascos y temporales de aguaceros anunciaron á nuestros mareantes que, aun cuando á muchas leguas de distancia, y dejándola por supuesto á mano diestra, emparejaban con la Bermuda. Cruzóse con felicidad lo demás del golfo que decian del Norte ó del Sagarzo; tocaron en Santa María,

una de las Azores, y subieron á tomar refresco en la Tercera, no permitiendo el General saltar en tierra á nadie, á fin de aprovechar algunas de las muchas brisas de este otro golfo, y librarse de que los cogiera embarcados el Cordonazo de San Francisco. (204)

Finalmente, el sábado 13 de Octubre de 1611 corría de mano en mano con júbilo por Madrid este papel, que, sonando á otra cosa, era verdadero anuncio de estar seguros de la paga los soldados y oficiales reales, y de sus ayudas de costa los próceres y magnates, derrochadores sin medida, para que la interesable adulacion los aclamase príncipes: «Se tiene aviso de haber llegado los galeones de la plata con las flotas de Indias al puerto de Sanlúcar, y que traen nueve millones, seiscientos quince mil noventa y ocho pesos; de los cuales, vienen para S. M. dos millones cincuenta y ocho mil trescientos sesenta y nueve pesos, y lo demás para particulares, en plata, dinero, perlas, anil, cochinilla, grana, sedas y cueros: con que se ha alegrado todo el reino, por el beneficio que se recibe generalmente; sin haberse perdido navío ninguno, sino que han tardado por las muchas calmas que han tenido en el camino. Viene Don Luis de Velasco, Marqués de Salinas, que ha sido visorey en el Perú y Nueva Espa-

ña, para ser Presidente en el Consejo de Indias.» (205)

El Virey de México y su favorito ALARCON fueron en Sevilla muy obsequiados del anciano Asistente Don Luis Méndez de Haro y Sotomayor, Marqués del Carpio; de toda la nobleza, y del acre y riguroso Arzobispo Don Pedro de Castro y Quiñonez, á quien acompañaba el Obispo de Bona Don Juan de la Sal, como á éste su particular é inseparable amigo el Dr. Juan de Salinas, visitador general del Arzobispado y excellentísimo poeta. (206)

Hízose cómodo y entretenido el viaje de la corte: en coche, y con buen repuesto de fiambres y golosinas, el Marqués Presidente y DON JUAN; la tropa de la servidumbre á caballo, y los mozos de mulas á pié. Sesteaban en las mejores ventas; precediales en las grandes poblaciones la fama de que habian de pasar por allí; sucediéndoles á veces alojarse en meson donde, como al acaso, tambien se alojaba una compañía de famosos recitantes, deseosa de que mostraran su prodigalidad los indianos. Bien pudo sucederles esto en Zalamea ó Castuera con el felicísimo comediante Juan de Herrera de Gamboa, á quien por mal nombre llamaron el Maganto; cuyo ingenio de escritor y cuyo peregrino arte de versificar raya-

ron, asimismo, en la más encumbrada esfera de la dramática poesía. (207) Gozabase ofreciendo al aplauso de viajeros discretos y ricos su hermosa representación de la fábula de *Céfalo y Prócris*, lo mejor suyo como actor y poeta: que no era posible mayor verdad y perfección en la bella pintura del dolor inmenso, de quien, tomándola por escondida fiera, atraviesa con un dardo á su celosa enamorada. Si esto se ve (diría ALARCON) por mesones y ventas, ¿qué no será en los teatros madrileños?

Cumplieron la promesa de visitar el grande y suntuoso monasterio de Guadalupe, en el reino toledano, y postrarse en acción de gracias ante la santísima imagen de la Emperatriz de los cielos; quedando espantados al mirar cubiertas las paredes con ojos, piés y brazos de cera, muletas que dejaron los cojos, tablas á que se asieron los náufragos y mortajas de que se desnudaron los muertos. (208) No tenía, como nuestra Señora de Guadalupe, á una legua de México, atezado el rostro la efigie castellana; y contemplándola en éxtasis, allí fué donde, con sosegado semblante, vertió ALARCON las más puras y tiernas lágrimas que jamás surcaron sus mejillas. A la ferviente devoción uníase ahora el dulce recuerdo de la patria.

Ocho días despues, en Jetafe y á vista de Ma-

drid, abrazaban al Marqués de Salinas sus hijos y nietos, que le habian ido á esperar con algunos caballeros de la corte. Y en esta vulgar escena de familia da fin el autor á la primera parte de su verídica historia.